Y voto al voto que volverian aquellos tiempos porque en tal estado de cosas ¿qué rey no rabiaria?

Se moririan de rabia lo mismo los reyezuelos que se llaman Presidentes, Gobernadores ó Prefectos, que los reyazos de entorchados, kepí y sable, y que los sultancitos de pueblo y de rancho.

¿Pero qué vamos á hacer? Si la sociedad no tiene un superior, álguien que la haya criado, y que quiera que sea lo que es, y eso á pesar de las voluntades humanas, no hay que darle vueltas, que rábien, y cuando más habrá que multiplicar lor institutos Pasteur.

¡Sálvense los principios y.....salga el sol por Colima!

XII.

EL HOMBRE SIN DIOS.

Pues señor, no cabe duda que los del Siglo XIX somos muy hombres.

Y perdone la gramática si se alarma de que se den á sus simples sustantivos grados de comparacion, á bien á bien que somos para mayores, como dijo Agrajes, y si no dijo esto precisamente, el hecho es que dijo algo.

Pero de cualquier modo, no cabe duda que somos más hombres que lo que los otros fueron, y más que los de la edad media, cuando se creia que el fin del hombre es amar y servir á Dios en esta vida, para despues verlo y gozarlo en la otra.

Y aquí se ve, y de bulto una cosa interesante y es, que la gramática y el catecismo solo están buenos para los chiquillos de la escuela.

Lo que es nosotros ¡oh nosotros, somos independientes del catecismo, de la gramática y de todo lo que de cualquier modo nos pudiera encadenar, y ¡voto al voto! que los hijos del Siglo XIX no reconocemos superior.

Somos muy hombres, somos más hombres que cualquiera, y que rabie la Academia y los puristas que rabien, si señor ¿pero por qué en este siglo de libertad hemos de admitir la esclavitud de la gramática castellana?

Nada de cadenas, nada de reglas, sobre todo, nada de cánones, á no ser que pongamos una línea sobre la *n* y quitemos el acento de la *a*.

Nada que nos impida ser enteramente libres ¡y viva la libertad!

Porque vamos á ver, esa gramática que me quiere sujetar á sus preceptos ¿qué autoridad tiene para imponerse sobre mi libre voluntad?

Habla en nombre del órden, y en nombre de la propiedad, y en nombre de la belleza ¡pero si esos son los tres enemigos del Siglo XIX.

Claro! así como antes el alma tenia tres enemigos, hoy el Siglo, la libertad, la autonomia, tienen en su contra

EL ÓRDEN,
LA PROPIEDAD,
LA BELLEZA.

¿Orden? ¿pero cómo ha de haber órden donde impera la más absoluta libertad?

Libertad, (no la libertad, sino nuestra libertad) y órden son como calor y frio.

¿Cómo no? Si hay órden ha de haber ordenador; esto es innegable.

¿Pero quién puede tener potestad para ordenar los actos de la libertad del hombre? ¡Solo que fuera superior al hombre y á la libertad!

Pero algo superior á estas deidades del Siglo, ó no existe, ó es Dios.

¡Trueno de rayo! ¡qué hasta la gramática nos ha de llevar allá!

Y en cuanto á la propiedad en los términos gramaticales oh! ya sabemos por los oráculos del Siglo XIX que la propiedad es el robo.

Como que nos roba la libertad de expresarnos como en mientes nos viniere.

¿Y qué decir de la belleza?

El ideal de la belleza no está en el hombre.

Para encontrar la belleza, lo que realmente debe llevar este nombre, aquello que nunca lo pierde, y lo que siempre lo tiene, es necesario elevarse sobre el hombre.

Pero sobre el hombre no hay nada, ó sobre el hombre no hay nada más que Dios.

¡Válgame Dios! ¿qué haremos para ser independientes de lo que está allá arriba?

¿Cómo qué? Ser muy hombres, y cartucheras al cañon, y salga el sol por donde quiera.

XIII.

Política sin Dios.

Decian los antiguos que política es: la ciencia arquitectónica de la sociedad; pero nosotros, como el médico de Moliere, ya lo hemos arreglado de otro modo.

El corazon se ha mudado al lado derecho. O lo que es lo mismo el Derecho se ha mudado al lado izquierdo.

Un derecho izquierdo ¡hé aquí la gran conquista del Siglo XIX!

Lo que los siglos del retroceso construian, nuestra política lo destruye. La política pide prestada á la reforma su barreta.

¡Pues no faltaba más sino que construyéramos para imitar á los retrógrados!

Nada, garrotazo y ay de tí si te tienes tieso! esta es la fórmula práctica de la política del Siglo XIX.

Destruir, prometiendo siempre que el porvenir construirá, este es el lema de nuestra bandera.

Allá se lo haya al porvenir si no cumple la palabra que hemos dado por él.

Nosotros, sin personeria de los que vendrán despues, nos comprometemos por ellos.

Ya veis que esto, así, en nada compromete ni á ellos ni á nosotros.

Bonitos nosotros para dejarnos comprometer! Sin creer en las profecías y negando á los profetas, sin embargo, siempre estamos hablando del porvenir.

Se diria que lo tenemos en el bolsillo. Para nosotros, para nuestros periódicos, para nuestros discursos, nos hallamos siempre en época de transicion.

Nuestra política no se ocupa de hacer nada, esperando lo que ha de venir. Por ejemplo, nuestra política tiene especial cuidado de la enseñanza, de las escuelas, de la instruccion, y hasta se la proclama obligatoria ¡pero no se ocupa de enseñar á los maestros!

Si enseñan en bárbaro, si instruyen en salvage, si dirigen por ninguna parte, eso, en realidad, nada importa; lo único á que atendemos es á que haya instruccion y á que se multipliquen las escuelas.

Nuestros padres llamaban lego al ignorante en determinados principios, y así, segun el castellano que nos dejaron, un lego en Derecho era un individuo que no sabia el Derecho, y los legos de los conventos eran los que no se dedicaban á los estudios.

¡Con razon el siglo llama lega, y obligatoriamente lega á su instruccion.

Pues voto al voto! que aunque gratuita es muy cara.

La instruccion lega ó laica, para hablar en el idioma de Ciceron, es una instruccion que no sabe instruir.

Pero no hay cuidado; ya el porvenir lo arreglará de otro modo.

Aunque nadie sabe como ha de ser ese arreglo,

porque los maestros de entonces no pueden ser otros que los discípulos de ahora.

Pero nuestra política no se mete en tales honduras.

Hoy hacer política es hacerlo todo al reves.

Y diga Ud. si al reves podrá haber Derecho.

Se habla mucho de los derechos del hombre, ¡pero eso sí! los tales derechos se imponen siempre por la fuerza.

Ay de aquellos que no quieran, que renuncien, que no admitan sus derechos; se les llama retrógrados y fanáticos, mientras no se le puede fusilar.

Con ellos sí se cumple al pié de la letra aquella órden del virrey Marquina: *Que les fagan algo mientras.*

¡Cosa rara! en el Siglo XIX los derechos son antitéticos del Derecho.

Nuestra política no conoce las buenas maneras, es decir, es impolítica.

¡Ya se ve! Como que el derecho es *á pari* y nuestra política es *á fortiori.*

La fuerza! he aquí el primer Ministro del Espíritu del Siglo.

Antes, Francia escribia las *Capitulares*, España las *Partidas*, Constantinopla las *Pandectas*, Roma las *Decretales* y Alemania sus leyes comunales es decir, levantaban el *Derecho.*

Hoy Alemania y Roma y Constantinopla y España y Francia, solo se ocupan en armarse hasta los dientes, es decir, en levantar fuerzas.

Antes la política era para los pueblos; hoy los pueblos son para las fuerzas.

Antes los gobernantes se preocupaban del bien-

estar de las naciones; hoy solo se ocupan de su armamento.

Antes, la idea de Dios daba á la sociedad la fuerza moral, y así se formaba el Derecho; pero hoy ¡trueno de rayo! solo se respeta al derecho cuando tiene el garrote en la mano.

Y como el Derecho bonachon siempre anda hablando con el sombrero en la mano, y con razones filosóficas y con silogismos en todas las figuras aristotélicas, á la buena hora conoce que no vive en su Siglo, que se haya atrasado en su época y que no ha comprendido á su tiempo.

El Derecho, como la lógica son los rezagados de la civilizacion.

Y voto al voto que así es la verdad! porque bien visto ¿qué valen las figuras de todos los silogismos junto á la pólvora? ¿qué son las razones junto á la dinamita, y de qué sirven las caravanas en frente de la melinita?

Y así como así, el Siglo XIX tiene razon.

Si la fuerza sustituye al derecho y lo sustituye con ventaja, el derecho ya no tiene razon de ser.

Cuando habia Dios ¡claro! habia que ser consecuentes y habia que dar á las palabras *justicia é injusticia* alguna significacion práctica. Entónces el pobre gobernante tenia quien lo gobernara, y la política se resentia de esa dependencia forzosa.

El Rey y el Parlamento, y las Córtes y el Dux, y el Podestá y el Senado, lo mismo que los Congresos y que los Presidentes de las Repúblicas debian contar ante todo con esa especie de residencia conocida por juicio de Dios, ó cuenta al fin de la vida, ó llámese juicio final. ¡Trueno de

rayo que entónces este nombre no era para zarzuelas!

El gobernante fanático que creia saber de buena letra que habia de ir al fin á dar cuenta de sus acciones, se veia en la necesidad de andar derecho.

Desde el Supremo Imperante hasta el último alcalde de montera tenian la preocupacion de creer en la muerte, y el servilismo de pensar en las postrimerias.

Llegaba el jesuitismo hasta creer que solamente serian felices en la eternidad los gobernantes que hubieran hecho la felicidad de sus pueblos, y este raro temorcillo los hacia no solo obrar conforme á las leyes, sino expedir leyes que siempre fueran derecho.

Es decir, que siempre fueran Derecho.

Se creia que en la otra vida habia de haber diferencia entre San Luis y Diocleciano y entre la buena reina Isabel é Isabel de Baviera; entre Teodosio y Coprónimo; entre los padres del pueblo y los tiranos, y ¡voto al voto! que la cosa no era para despreciarse.

Dos palabras, solamente dos palabras, hacian pensar mucho á los políticos acerca de su política.

Estas palabrillas insignificantes son estas: Cielo é Infierno.

Pero desde que se conoció que era inútil la existencia de Dios, y que parlamentos y gobernantes tuvieron á bien dar fin á lo que no habia tenido principio, las cosas han cambiado radicalmente.

Y tan radicalmente, que ese cambio constituye al partido radical.

En vez de que Dios nos llame á juicio, hoy con Michelet, con Proudhon, y con Luis Blanc, se le toma á Dios cuenta de sus acciones ¡y cuenta que Luis Blanc, Prudhon y Michelet, son los genuinos representantes del Espíritu del Siglo!

A esa especie de trinidad terrenal hay que añadir á Víctor Hugo, pero á bien á bien que Víctor Hugo ya declaró explícitamente en Hernani que un emperador es la mitad de Dios.

Está pues el Siglo XIX en pleno progreso, y no hay mayor libertad, que libertarnos de esa otra mitad de que habla Víctor Hugo.

Renan niega que exista la muerte (1) Littré, antes de su conversion, se burlaba del juicio, y el Siglo niega el cielo y el infierno.

¡Pues hagamos política sin esos espantajos!

Pero si se descarta el Derecho de la política, habrá en la política un vacio.....pero ¡trueno de rayo! que para llenarlo contamos con la dilatacion de los gases.

Y si la pólvora aumenta en mil el volúmen, la dinamita lo aumenta en cien mil y la melimita en un millon, y esto es nada en comparacion de la mistifita, y las materias explosivas pueden pasar del billon.

¿Qué vacio no se llenará con ellas?

Todos los libros de Santo Tomás, no pesan lo que pesa la guillotina.

Siempre un puñal pesa más que un derecho.

Un fusil pesa más que una ley.

Un cañon mucho más que las tablas del Decálogo.

---

(1) Vease la Revue de deux mondes. Lo mismo dice su discípulo Littré.

Si los filisteos hubieran tenido un torpedo, hubieran podido volar hasta la misma Arca de la alianza.

Hoy, una brecha en la Puerta pía, pudo hacer que los caballos pisaran la tiara y las llaves.

Así como así, ya no existe el *Dies irae*, y á los cantos de David y de la Sibila podemos sustituir los cantos de Béranger.

A Isaías que nos asusta, opondremos á Zola que nos alegra.

Si Juan Bautista llama á la penitencia, nosotros nos contentamos con los toros.

¿Qué cosa mejor que *la lidia*, para caracterizar al Espíritu del Siglo?

Si el picador adicionándole su caballo tiene mayor fuerza ¡viva el picador!

Pero si el toro tiene mas fuerza que el picador adicionado de su caballo ¡viva el toro!

Del caballo, que es la víctima, ni quien haga caso.

¡Hé aquí nuestra política!

El éxito, hé aquí el todo de nuestra política. Antes, si el Derecho tenia fuerza, era la fuerza del Derecho, hoy la política no hace cuenta sino con la fuerza que puede producir el éxito.

Por eso hoy la política no puede llamarse *la ciencia arquitectónica de la sociedad;* es mas bien la ciencia de tener contentos á los arquitectos.

El que no piensa en Dios ¡claro! piensa en algo que está más abajo. Porque nada puede estar más arriba.

Luego si tampoco piensa en sus propios cabellos tendrá que pensar en lo que se sigue.

Es decir, que el que no piensa en Dios, ante todo piensa en sí mismo.

El político que no se acuerda de su cabellera, ni de lo que está más arriba, ¿en que hará consistir su política?

Pero como es el caso que á todos los políticos les pasa lo mismo, cada uno tiene que buscar un aliado.

Feliz el que tiene por aliado á la fuerza!

Solo hay uno más dichoso que este: aquel á quien la fuerza lo escoge por aliado.

Voto al voto! que los soldados valen más oro que pesan sus cañones! Su uniforme está clamando *Libirtad!* sus bayonetas *Igualdad!* y los tiros de sus fusiles hacen repetir *Fraternidad* á los ecos mas lejanos.

¿Para qué quiere más nuestra política? Tenemos paz armada, podemos hasta hablar de derechos; y la máquina electoral funciona regularmente.....y al gusto del maquinista.

Decididamente nuestra política es la mejor invencion del Espíritu del Siglo.

XIV.

PROGRESO SIN DIOS.

El mundo marcha, en esto no cabe duda; pero esto no es decir mucho. El viajero extraviado tambien marcha aunque no sabe á donde va, y todavia marcha cuando va hácia el precipicio.

El condenado á muerte marcha hácia la horca.

El criminal marcha al crímen.

¡Y ojalá que los caballos desbocados no marcharan tan de prisa!

Que el mundo marcha, el lo dice, nosotros lo vemos, el Siglo lo pregona, la historia lo testificará.

Marcha!

Sus ferrocarriles se enojan porque todavia existe el espacio: sus telégrafos se desesperan porque no pueden aniquilar al tiempo.

Marcha! y las ciencias rabian porque no pueden descifrar muchos misterios.

En lo moral, vamos sin rieles y á todo vapor, y sintiendo el hombre demasiado pesada su inteligencia se atiene más bien á su imaginacion, con la cual vuela mucho más aprisa.

Lo que no se sabe, se inventa ¡como que estamos en el siglo de las invenciones!

Teorías y sistemas se suceden, sin preocuparse

de la base, y con tal de que, en sistemas y teorías haya belleza, poco nos importa la verdad.

Cierto es que á lo mejor, en hipótesis, sistemas y teorías viene á descubrirse lo falso ¡eso no le hace! al cabo estamos en el siglo de los descubrimientos!

Lo que importa es no dejar de marchar.

¿Pero marchar es un progreso?

El que avanza hácia el punto de partida, retrocede, y el relox que avanza ocho horas, está atrazado cuatro.

Moverse no es progresar, de otro modo las convulsiones del enfermo serian el non plus ultra de los progresos.

Y aun hácia adelante, no es siempre progreso, ¡ahí el ejemplo del relox!

Pues en realidad ¿qué cosa es progreso?

Pero Grullo diria que progresar es verdaderamente progresar; pero nosotros, hijos del Siglo XIX no nos hacemos esta pregunta ¡y marchamos!

¡Cosa rara! la filosofía va de acuerdo con el mismo Pero Grullo, y dice que progresar es avanzar marchando hácia un fin determinado y por los más adecuados medios.

Oh! pero eso no es del Siglo.

Nosotros tenemos medios, mas desde que quitamos á Dios, ya no tenemos fin, y no nos preocupa saber á dónde hemos de ir á dar.

Porque ¡trueno de rayo! el fin debe de ser superior á los medios (puesto que ellos solo sirven para llevarnos á él) ¿y qué cosa hay superior á nuestros medios que son ¡friolera! la razon, la civilizacion y la ciencia?

¡Qué blasfemia señalar algo como si fuese superior á la ciencia, á la civilizacion ó á la razon humana!

Seria tanto como soñar en Dios.

Para no exponernos á ese peligro, ponemos los medios, pero sin saber cual es el fin; nos movemos sin preocuparnos del motor.

Y nos movemos sin saber para qué, y avanzamos sin saber á donde, y progresamos sin preguntar: ¿qué ganamos con eso?

Nadie se mueve si no hay alguno que lo mueva; ahora bien; ¿quién se mueve?

Preguntad al Siglo y os dirá que la humanidad.

¿Pero quién la mueve?

La humanidad no puede ser, porque ella es la movida.

Los pasageros del tren no pueden mover á la caldera.

Hé aquí que en nuestro progreso nos faltan ¡ahí es nada! el principio y el fin.

Quien nos mueve y para qué nos movamos.

Todo camino ha de ir á acabar en alguna parte; por lo menos así era antes. Mas ya lo hemos arreglado de otro modo. Hoy vamos, no solo marchando sino corriendo por un camino, pero que no tiene á donde ir á parar.

¡Pero eso sí! el mundo marcha!

Asustado se quedará el Siglo al saber que para que haya progreso, el progreso ha de tender hácia algun fin; sin embargo, ha de ser mayor su admiracion al saber que ese fin debe ser algo superior al mismo progreso.

Y lo que es más, superior á la ciencia, á la civilizacion y á la razon humana.

Y todavia no es tan grande el susto. Porque

vamos á ver en realidad ¿quién progresa? ¿quién? ¡friolera! el hombre.

¿Y en qué consiste que el hombre progresa? no puede ser en otra cosa, sino en que camina á su fin.

¡Conque ha de haber algo superior al hombre! En esto jamás consentirá el Siglo.

No, ¡voto al voto! que no lo consentirá.

Oh, si el mismo Siglo XIX, y es cuanto hay que decir, es nada y es nadie; lo importante, lo principal, somos los hombres del Siglo XIX.

¡Algo superior al hombre! ¡Superior al hombre del vapor, del telégrafo y de la dinamita, es decir al hombre del progreso!

¡Pero eso es retrogradar!

Oh, el retroceso! ¡el retroceso! palabra que dice muchas cosas y que por lo mismo no significa ninguna; pero basta que sea contrario de progreso, para que le tengamos un horror instintivo.

Vamos á ver: si un relox se adelanta una hora, hay que hacerlo volver para atras, es decir, que el relox tiene que retrogradar si no quiere dar pasos en falso.

Si un caminante ha extraviado el camino, tiene necesidad tambien de volver atras, si no quiere dar pasos perdidos, ó mejor, pasos que lo pierdan.

¡Pero eso es decir que alguna vez retrogradar es bueno!

Y decir que retrogradar es bueno, es confesar que alguna vez progresar es malo.

Esto no lo admite el siglo ni á tres tirones.

¿Cómo decir á la Geología materialista: alto ahí, vuelve sobre tus pasos, retorna á tu punto de partida porque has equivocado el camino?

¿Ni cómo decir á la filosofía: retrocede, inutiliza tus anteriores pasos, es decir, inutiliza á Stuart Mill, á Littré y á Comte, porque has corrido tanto que ya no es esacta la hora.

No, ¡trueno de rayo! el Siglo es el Siglo del adelanto. Poco importa que el Siglo *se adelante* y no sean esactas las horas que da.

El hombre del siglo es el hombre del progreso, y retroceder es retrogradar, y retrogradar seria un sacrilegio, si esta palabra cupiera en el Diccionario del Siglo XIX.

No será sacrilegio, no será heregía, voces bárbaras, arcaismos, antiguallas; pero será clericalismo, jesuitismo, *mocheria.*

Nada, progreso y adelante!

El retroceso, hé ahí el enemigo.

Movimiento y progreso! Que el mundo marcha, y el que quiera oponerse á su paso será aplastado.

Progreso ¿pero hácia donde?

Movimiento ¿pero quién lo imprime?

Para no responder á estas preguntas las declaramos retrógradas y esto basta para que queden civilmente excomulgadas.

No sabemos quien nos mueve. No sabemos por qué nos mueve. No sabemos para que nos mueve.

Pero, en compensacion, tampoco lo preguntamos.

¿Para qué? Es cuestion inútil desde que su resolucion puede ser un principio reaccionario.

La reaccion es el suicidio.

La reaccion del frio es el calor y la reaccion del calor ¡claro! el frio.

La reaccion del contrario siempre es el contrario.

Luego la reaccion del Espíritu del Siglo XIX es lo contrario del Espíritu del Siglo XIX.

Quien sabe quien será ¡pero hé ahí al enemigo!

Puede ser que sea el Siglo XX ¡pues guerra al Siglo XX!

Lo que no cabe duda es que son los siglos pasados, desde el cristianismo á la fecha ¡pues guerra á los siglos pasados del cristianismo á la fecha!

Lo pasado es el retroceso, digo, no así como suena, porque los siglos pasados antes del cristianismo, los estamos resucitando precisamente en nombre del Progreso.

Pero en fin, la frase suena bonito ¡el pasado es el retroceso!

En cuanto al presente es.....oh, el presente somos nosotros.

¿Qué será el porvenir?

Esta pregunta es la única que asusta al Siglo XIX.

Para un reloj que señala las tres á las dos, el porvenir es, si está en poder de un buen relojero, en que á las dos y media señale la media para las tres.

Pero lo bueno es que los Siegli-diezinuevistas, no creemos que existe ese buen relojero que hace andar para atras con el objeto de hacer andar derecho.

Pero á pesar de nuestras afirmaciones dogmáticas, siempre hay lugar á fundadas dudas; porque no es raro que el viajero extraviado á fuerza de andar dé con el verdadero camino, y porque el relox en virtud de adelantarse, es comun que en cierto momento señale la hora verdadera, y si

acaso hay guía, y si por desgracia hay relojero, el uno lo dirige, el otro lo arregla, y ¡medrados quedariamos!

El guía, el relojero, hé ahí el enemigo.

Pero suprimiendo á Dios, se suprimen el relojero y el guía ¿quién dirige, quién arregla, si no hay director ni arreglador?

Lo malo, lo malo, es que no hay accion sin reaccion; es que los mismos liberales se van desengañando y ya muchas veces, como aquellos famosos augures, no pueden verse unos á otros sin reirse.

Por lo ménos, por lo ménos, no pueden oír unos los discursos de otros, ó leer sus periódicos mútuamente, sin sonreirse aunque sea por dentro. Lo malo, lo muy malo, es que nuestros enemigos dicen que cuentan con promesas divinas, y que llenos de fé avanzan al porvenir.

El porvenir! hé ahí el enemigo.

Pero quía, el porvenir será nuestro si seguimos progresando.

¿Y si el relox á fuerza de correr llega á señalar la hora verdadera?

Trueno de rayo, no vaya á haber relojero!

En esta lucha del *sí* y del *no*, lo que hay de pésimo para nosotros es que si acaso existe el *sí*, destruye infaliblemente al *no*; y si existe, el *no* es impotente para destruirlo.

El hecho es que hay lucha ¿vencerá Dios ó vencerá el Espíritu del Siglo?

Es decir ¿vencerá el Progreso sin fines y sin principios, ó vencerá el Sér sin principio y sin fin?

Cuestion, para nosotros, pavorosa.

Hay que contar con un dato: la Geológia se

fugó del Génesis, pero á fuerza de extraviar caminos ha venido á dar al Génesis.

Como Littré que á fuerza de rodar, fué á dar de cabeza en la pila del Bautismo.

Como Paul Feval que á tanto escribir novelas, vino á ser un buen cristiano.

Si á fuerza de progresar hiciéramos progresiones.....!

Gran peligro, porque la progresion matemáticamente va á dar al infinito.

Trueno de rayo, que es de temer que nuestro progreso, á fuerza de andar y de moverse, vaya á dar á su punto de partida.

Las ciencias que inventamos contra Dios, como la Geología, la Paleontología y la Antropología, á fuerza de progresar han venido á hacerse cristianas.

El progreso, hé ahí el enemigo.